

de concesiones el partido liberal no podía hacerlas, por ser progresista y por haber ya gobernado y probado que en la práctica sus principios eran posibles y benéficos. Un partido progresista que ha llegado hasta practicar en el poder sus principios jamás retrocede. Los partidos progresistas no hacen reacciones. Un partido liberal como el francés actual puede hacer la concesión durante cien años de aplazar el establecimiento de la separación de la Iglesia y el Estado; pero una vez que la independencia de la Iglesia y el Estado quede establecida en Francia probando su éxito durante un año; el partido liberal francés jamás daría un paso atrás. Las reacciones las intentan y corresponden á los partidos regresistas.

La fusión de los partidos mexicanos irreconciliables no era una idea nueva, ni monárquica; se había ya intentado varias veces y siempre había fracasado. ¿Por qué había de realizar el Archiduque lo que no había obtenido Robles Pezuela con sus pronunciamientos y Notables de Navidad? ¿Iba á emplear el Archiduque un razonamiento irresistible, secreto y de su invención? ¿Iba á emplear la fuerza? ¿Iba á emplear la corrupción en grande escala?

El Archiduque no podía emplear la fuerza porque precisamente la Intervención la estaba empleando para exterminar al partido liberal, y precisamente

lo que quería Maximiliano era suprimir la guerra, suprimir el empleo de la fuerza. ¿Pensaba emplear la corrupción comprando á los caudillos y estadistas liberales? Lo había ya intentado el clero. Pero él podía intentarlo ofreciendo más oro que el clero. Lo que no se compra con un millón, se compra con diez, con cien, con mil, y á los pocos que resisten se les extermina.

Con la corrupción se logra suspender la acción de un partido mientras éste reemplaza á los jefes que lo han vendido. Comprar á todo un partido es imposible; la corrupción de los jefes puede suspender su acción revolucionaria; pero la acción de los principios del partido en la opinión pública jamás se suspende. Un periódico comprado se calla hoy; pero diez hablan más fuerte al día siguiente. La corrupción es un medio poderoso para resistir, para contener, para aplazar, mas sobre ella lo que se funda es la indignación pública y la ruina final del corruptor.

*
**

El razonamiento que descubrió Maximiliano para reunir á los partidos irreconciliables fué el muy gastado de apelar al patriotismo de los partidos para que, en obsequio de la paz, sacrificasen sus principios.

Si los partidos políticos fuesen capaces de prescindir de sus aspiraciones en nombre del patriotismo y en obsequio de la paz, la humanidad jamás hubiera salido de la barbarie; porque existiendo siempre los argumentos de *paz* y *patriotismo*, los partidos políticos habrían tenido que desaparecer y las naciones se habrían extinguido por embrutecimiento y corrupción. La ley histórica del partido político ha sido y es obtener el poder por todos los medios posibles, para realizar su programa, considerado siempre como patriótico. No se puede invocar el patriotismo para que un partido político deje de ser patriota, desde el momento en que la formación del partido político tiene por objeto exclusivo el bien de la patria. ¿Se puede invocar la paz para conjurar un partido político á que se disuelva ó á que acepte el estado cataléptico indefinido? Eso depende del programa del partido.

El partido demócrata actual en los Estados Unidos profesa el principio antiimperialista y en virtud de él ha condenado la conquista en Filipinas; pero consideraría la más insigne de las locuras provocar una guerra civil por semejante motivo. En cambio el partido antiesclavista norteamericano sabía en 1860 que, llevando adelante su programa, tenía que ir á una guerra civil tremenda, capaz de arrojar á un abismo todo el poder y prosperidad de la nación y no obstante provocó la terrible con-

flagración, porque consideró que el mal estaba precisamente en una paz destructora de sus más sagrados intereses. Mas quien califica la necesidad de perturbar la paz en bien de un principio político, es el partido que lo inscribe en su bandera, no los interesados en que tal principio perezca.

¿Cómo se quiere que el Virrey Venegas fuese la autoridad encargada de decidir si el cura Hidalgo debía turbar la paz insurreccionándose el 15 de Septiembre de 1810? ¿Cómo es posible admitir que el clero en 1856 fuese el que fallase si se debía turbar la paz para que triunfara el programa de la Reforma? A los partidos políticos exclusivamente corresponde, decidir si el principio que quieren hacer triunfar, exige la perturbación de la paz y á ellos corresponde también elegir el momento oportuno para perturbarla.

A un partido político se le combate sólo manteniendo la opinión pública en su contra; el día en que la opinión pública apoya al partido político, ya no se puede combatirlo con éxito; se intenta á veces combatirlo con atentados, pero sólo se logra entonces perecer pronto y con ignominia. Pensar que á un partido político se le destruye invitándolo á que por su patriotismo abandone la lucha, es una debilidad epidémica entre los gobiernos que carecen de inteligencia.

*
**

El que dijo « *La unión da la fuerza* » ha causado más víctimas en política, que la pólvora en la guerra. ¿Qué clase de fuerza da la unión? Diez mil cotorras humanas por unidas que se manifiesten, jamás producirán el canto de la Patti. Los doscientos millones de negros africanos, aunque se unan dentro de las planchas de una prensa hidráulica, no harán ni uno sólo de los descubrimientos de Edison. Todos los hombres existentes en el mundo no correrán, por unidos que estén, lo que un caballo árabe. ¿Se trata de obtener por la unión fuerza militar? Un ejército no es una unión sino una organización. Las sociedades industriales son la prueba de que la unión da la fuerza. Un millón de accionistas, exhibiendo doscientos pesos cada uno, dan el capital posible para canalizar el Istmo de Panamá; pero sin los ingenieros que conciben la obra y la dirigen, el istmo no se canalizaría con los doscientos millones. La fuerza sin la inteligencia es siempre una catástrofe y la unión, en los casos en que puede dar fuerza, necesita, para ser útil, dar una fuerza inteligente.

Cuando se solicita la unión de los partidos ¿se desea una unión mental, una unión de conciencias, ó una unión material como para mover una bomba extinguidora de incendios?

La unión de la conciencia de un católico ¿puede verificarse con la de un ateo, para resolver cuestiones religiosas? ¿Puede haber unión entre la conciencia de un liberal y la de un esclavo? Depende de un hombre aparentar que sacrifica sus convicciones como dependía del hereje fingirse católico, para no ser quemado por el Santo Oficio; pero un hombre que tiene la convicción de que un triángulo sólo puede tener tres lados no puede unirse espiritualmente con un analfabeta ó demente que afirma que el triángulo es igual al dodecaedro.

*
**

La unión de los partidos políticos cuyos principios son irreconciliables, sólo puede tener lugar en el fondo de una olla de rancho cuando sus miembros son todos hambrientos, mas entonces no hay unión espiritual, se forma simplemente una alianza de vientres, para devorar y calmar apetitos. Tal estado político prueba una situación más triste que la que desarrolla una siniestra guerra civil.

Los partidos son la única garantía de responsabilidad de los gobiernos. Los reyes que han gobernado sin partidos, lo han hecho con clases privilegiadas, como el clero y la nobleza, poseedoras de intereses inmensos y bien definidos. La unificación

con que soñaba Maximiliano significaba la irresponsabilidad, en teoría, la desorganización irremediable, en la práctica. Con semejante programa Maximiliano sólo podía contar para gobernar con la debilidad, con la corrupción, y con la hostilidad hipócrita de todos los partidos.

Cuando se quiere gobernar con todos los partidos, se consigue disgustar á todos, sin tregua ni limitación. El que pretende gobernar con todos los partidos no puede tener partidarios... El primer sacrificio que hace un gobernante que quiere gobernar con todos los partidos es privarse de la hermosa virtud de la sinceridad. Napoleón III comenzó su reinado ofreciendo á la clase militar guerras á granel; á los Soberanos de Europa les ofreció la paz universal; al clero le prometió sostener el poder temporal del Papa y á los italianos proteger su unidad nacional contra el poder temporal; á los burgueses les ofreció parlamentarismo; á las clases populares, la soberanía del pueblo; á los aristócratas, la soberanía del orden aristocrático; á los economistas, libre cambio, y á los socialistas, ultraprotección del trabajo.

El Archiduque entendió que la política de Napoleón, era la *mecánica celeste* del arte de gobernar y se propuso plantearla en el suelo mexicano. No hay que calificar al Archiduque de malvado: la política latina siempre ha tenido por base *el fin justifica los*

medios. Engañar á todo el mundo es el privilegio de la conciliación mal entendida.

*
**

El Archiduque no fué sincero con los conservadores que le ofrecieron cómicamente un trono creado por la potencia, los intereses y la voluntad exclusiva de Napoleón III. El partido clerical no elevó al trono á Maximiliano; aceptó con gusto la consigna de Napoleón de forjar un sufragio favorable de notabilidades, para que el Emperador francés cubriese un atentado con una mentira. No obstante, el Archiduque debió haber sido franco con los monarquistas exponiéndoles su programa, que era como hemos visto una fusión de partidos en un terreno moderadamente liberal. Los conservadores, á su vez, debieron decir dignamente y con firmeza, al ofrecer el trono á Maximiliano, que el establecimiento de la monarquía en México debería tener por base indeclinable la restauración de la Iglesia á la posición que disfrutaba en 1830.

Tal declaración era difícil de hacer á los conservadores porque las *actas de adhesión* presentadas al Archiduque no expresan en su gran mayoría más que el deseo del pueblo mexicano de adoptar la forma monárquica para obtener un gobierno fuerte y al efecto aceptan la Intervención siempre que no se com-

prometa la independencia ó la integridad del territorio nacional. El sufragio se había hecho en presencia de las bayonetas francesas y además de no haber ese deseo en la mayoría de la clase sufragante de restaurar á la Iglesia completamente, los jefes franceses tenían orden de impedir adhesiones reaccionarias, porque no era ese ni lo fué nunca el programa de la Intervención.

Tocaba, pues, al partido conservador haberse entendido á tiempo con Napoleón III, después de la franca y liberal proclama del General Forey que contenía el programa napoleónico. Los conservadores debieron hablar con dignidad y entereza : si la Intervención no tenía por objeto la restauración clerical, decididamente debían haberla rehusado. El partido conservador no fué engañado ni necesitaba que lo desengañasen, porque la política francesa de París fué leal en ese punto : nada de restauración eclesiástica. Saligny fué llamado, y así lo publicaron *le Constitutionnel*, *la Patrie* y *le Pays*, por haber pretendido falsear el objeto de la intervención, que de ninguna manera podía ser favorecer las ambiciones del partido reaccionario. Más franco no pudo ser el Emperador francés, al hablar por sus tres órganos oficiosos. El Ministro Billault en el Cuerpo legislativo había contestado á Julio Favre : « Jamás el Imperio protegerá en ninguna parte á partidos retrógrados, su bandera es siempre la que honra en

Francia, la del orden y de la libertad (1) ». Estas declaraciones que no podían ser más solemnes y más públicas, tuvieron lugar antes de la aceptación del trono por Maximiliano. Hay un documento concluyente que prueba que el partido conservador no fué engañado. La convención de Miramar, en su artículo primero adicional y secreto, estipula que el Emperador Maximiliano acepta como base de su política liberal, las declaraciones hechas por el General Forey en su proclama de 12 de Junio de 1863. Entre estas declaraciones se encuentran las que reconocen la nacionalización y desamortización de los bienes del clero. La convención de Miramar está firmada por el Conde Herbet, representante del Emperador Napoleón III, y por Don Joaquín Velázquez de León en representación del Emperador Maximiliano.

Don Joaquín Velázquez de León, Ministro de Estado, es decir Jefe del Gabinete de Maximiliano y jefe del partido clerical, no puede haber firmado el convenio de Miramar que contiene estipulación anticlerical tan grave, destructora de todo el programa conservador, sin el conocimiento de los prohombres de ese partido. Y la prueba de que había ese conocimiento es que nunca han sido los prohombres conservadores que estuvieron cerca de

(1) Jauret, *l'Intervention devant les Chambres françaises*, pág. 28.